

MI PEOR PESADILLA

Era una noche fría, de invierno. En mi pueblo se respiraba tranquilidad. Como todas las tardes del ocho de enero, mi familia se reunía para comer y celebrar juntos el fin de la Navidad. Asamos un cordero, pero nadie sabía que sería el último que disfrutaríamos todos juntos.

Yo tenía doce años y estaba muy ilusionada de poder estar en familia al menos una vez al año. La mayoría de mis parientes no eran de Ribadelago, pero sí que pasaban con nosotros allí las fiestas.

Antes de acabar la cena, tuve una fuerte discusión con mi madre. Nada relevante, pero yo en aquella época era una joven rebelde que odiaba las normas.

Ahora me arrepiento de todo aquello, de que esa pelea fuera el último recuerdo que se llevara mi madre de mí.

Me fui a dormir muy enfadada, pero sabiendo que a la mañana siguiente el cabreo se me habría pasado, como ocurría siempre.

Con esa edad mis sueños eran profundos, al contrario que ahora. Pero curiosamente esa noche me desperté sobresaltada por un estruendo enorme, y rápidamente las calles y las casas comenzaron a llenarse de agua.

Yo no entendía lo que estaba pasando. Los vecinos gritaban al unísono:

- ¡La presa! ¡Se ha roto!

Al instante, mis padres entraron en nuestra habitación y nos llevaron a mi hermano y a mí al lugar que parecía más seguro. Yo tenía mucho miedo; mi abuelo se había quedado en la planta baja de la casa porque no podía caminar debido a una enfermedad que padecía desde hacía algunos años. Del resto de mi familia no sabía nada.

Las calles estaban cada vez más llenas de agua y ante esa situación desesperada, a mi madre se le ocurrió una idea brillante. Nos subió a mi hermano y a mí al tejado, y se fue con mi padre a buscar al abuelo para poder subir todos.

Pasaba el tiempo y seguíamos solos, nadie subía. Mi hermano no paraba de llorar.

Horas después aparecieron los servicios de emergencia. Nos bajaron del tejado y nos llevaron al pueblo vecino.

Nunca volvimos a saber nada de mis padres. Ellos murieron intentando salvar a mi abuelo, que milagrosamente sobrevivió, que fue quien nos cuidó después de que nos quedáramos huérfanos.

Me costó mucho entender lo sucedido. Ahora, a mis setenta y cuatro años, sé que no me he recuperado de todo aquello ni nunca lo haré.